



La Lectura Popular

AÑO XVI

Orihuela 1 de Marzo de 1898.

Núm. 349

La ambicion de un Jesuita (1)

—¿Quién es ese hombre flaco que camina á pié descalzo, con un sombrero viejo y la camisa rota?

—Es un estudiante que ha concluido la carrera, y marcha á emprender una gran conquista.

-- ¡Conquista! Buenas las hará quien no ha sabido aun conquistarse unos zapatos.

—Sin embargo, trata de hacerla, y si es posible dominar al mundo.

—¿Pero de qué manera? ¿Acaso es algun brujo?

—Es un jesuita.

—¡Ah!..... comprendido.

—¿Con que ya no os estraña?

—Hombre, como dicen que los jesuitas son tan ambiciosos.

—En efecto, su ambición no tiene límites; y si oís á ciertos papanatas, son tan fieros que hasta se comen los niños crudos; pero ¿quereis saber en qué consiste su ambición? Pues escuchad la historia de ese estudiante flaco y roto cuyo retrato acabo de mostraros, y que no es otro que S. Francisco Javier.

—¡El apostol de las Indias!

—El mismo.

San Francisco Javier, hijo de una distinguida familia de Navarra, nació á principios del siglo XVI; su padre se llamaba Juan Jasso; su madre María Javier. A edad conveniente enviáronle á la universidad de Paris, y habiendo conocido allí á su compatriota Ignacio de Loyola, reunido con él y otros ocho compañeros formaron la célebre Compañía que tanto nombre habia de alcanzar.

A poco de comenzar esta sus trabajos

(1) Repetimos y publicamos con alguna anticipación este número de LA LECTURA POPULAR para propagar la devoción al invicto Apostol de las Indias S. Francisco Javier.

En esta época viene de molde. Corra y corra con tiempo, para que pueda hacerse su célebre novena de la gracia que principia el 4 de Maro.

Francisco, que ya era conocido por su talento y sus virtudes, fué destinado á la India para ejercer su apostolado; para embarcarse se dirigió á Portugal. Iba como legado del Papa, y con él se embarcaron varios personajes: sin embargo, lo primero que hizo apenas llegó á bordo fué guardarse en la maleta su titulo de embajador, y, negándose hasta á recibir criado que le sirviera, se entregó á servir á los demás. Él lavaba la ropa á los marineros, asistía á los enfermos, partía su ración con los miserables, predicaba, enseñaba la doctrina á los moros y á los esclavos, apaciguaba sus querellas y componía sus diferencias. Llegado á Goa despues de larga navegacion, dirigióse enseguida al hospital para convertirse en criado de los enfermos; y asistiendo á los moribundos, cuidando á los contagiosos y durmiendo á pié de la cama de aquellos que podian necesitar su auxilio, aún le quedaban fuerzas para pasar el dia pidiendo limosna para los presos, confesando, predicando y enseñando á los niños la doctrina cristiana.

Cuando Goa, que era una sentina de vicios, estuvo transformada quiso Francisco extender su apostolado, y se dirigió al cabo de Conmorin. En esta tierra, á la que llegó despues de increíbles fatigas, recorrió más de treinta villas, y bautizó por su mano más de cuarenta mil personas. Para adelantar mucho en poco tiempo se valia de seglares á quienes instruía para que intruyesen á otros. A los enfermos, cuando él mismo no podia visitarlos les enviaba niños inocentes que los curaban imponiéndoles su relicario; sus milagros eran repetidísimos. Puesta la pesquería de Conmorin en el mejor orden posible pasó al reino de Travancor; y habiéndose ganado la voluntad del rey, comenzó allí tambien á convertir idólatras. Despues pasó á Malipur, de Malipur á Malaca y de Malaca á Mazacar. Mas tarde digéronle que habia una isla llamada del Moro, habitada por gente extraordinariamente feroz y bárbara, y, sin oír las súplicas de los que

querian detenerle, se fue allá arrojando antes al mar un frasquito de medicina que le habian dado por si los salvajes le envenenaban.

¿Para qué queria tomar precauciones el que á cada momento se entregaba á la muerte?

Cuando los caribes vieron llegar á sus inhospitalarias playas á aquél hombre negro como un fantasma, solo, y desafiando todos los peligros, quedaron llenos de asombro. S. Francisco se dirigió enseguida á ellos, y les habló con tal dulzura; que llegó amansarlos. Sin embargo, aun le resistieron, y estuvo á punto de morir apedreado; mas logró al fin introducir entre ellos el Evangelio, y despues de muchas fatigas volver á Goa para preparar otra expedicion.

Habia oido hablar de unas islas descubiertas dos años antes por los portugueses, que se llamaban las islas del Japon. Trescientas leguas de mar tempestuoso sembrado de escollos y peligros, donde los vientos y los piratas diezaban las embarcaciones, no eran obstáculo para él. Tenia ambicion, la ambicion del sol que desea extender su luz por toda la tierra. Metido en un junco chino á falta de otra nave, lanzóse á aquel mar lo que casi equivalia á lanzarse á la muerte; y si la muerte hubiese aceptado el reto, allí hubiese acabado su vida; tales fueron las angustias y peligros que corrió en aquel terrible viaje que duró muchos meses. Tras larguísima navegacion llegó por fin á Congoxima, primer puerto del Japon, é inmediatamente comenzó á predicar. Los gentiles se quedaron tan admirados como se habian quedado los salvajes.

¿Quién es este hombre, decian todos?

¿Quién es este ser misterioso que no busca oro y sin embargo atraviesa el mundo?

Él contestaba con su dulzura, con su doctrina, con sus milagros, y los corazones se abrian al amor y las inteligencias á la luz.

De Congoxima pasó á Firando, y pre-

dicó también. Después pasó á Amanguiche, ciudad grande y populosa, y se entró por las plazas atrayéndose la admiración de unos y las burlas de otros. Para él no había descanso. Habiendo sabido en seguida que la capital del territorio era Meaco, quiso ir allí para convertir también al rey; y no conociendo el camino, asido á la cola del caballo de un japonés á quien se ofreció á servir de criado con tal que le guiase, atravesó cincuenta leguas á pié, descalzo muchas veces, pisando hielos y guijarros cruzando pantanos y rios, con el equipaje del japonés al hombro, y teniendo que correr para evitar encuentros de bandidos. De Meaco se volvió luego á Amanguiche, donde admirados ya de sus virtudes, quisieron colmarle de oro; pero él rechazó el oro diciendo que buscaba otras riquezas. Allí en un año bautizó tres mil personas; y habiendo sido llamado por el rey de Bungo, disputó ante él con los sacerdotes idólatras, ganóse la voluntad del monarca y se hizo dueño de cuantos le escucharon. Allí fué donde solo y desarmado hizo retroceder un ejército enemigo. Era un héroe. Podía estar satisfecho; ¿qué más quería?

¡Ah! si; quería mucho más; la ambición no le dejaba sosegar: el Japon era ya estrecho para él; había difundido la luz por sus ciudades, y quería ir á la China, atravesar su muralla cerrada á los europeos bajo pena la vida y dar allí la suya por el amor de Dios.

Para esto tornó á Goa, preparó su viaje dejando arregladas todas las cosas, y embarcándose en la nave de un cristiano llamado Pereira, acompañado del hermano Jara y de un chino convertido, se hizo á la vela.

Al llegar á Malaca, la envidia de un gobernador enemigo de Pereira, opúsole el primer obstáculo. Pero ¿qué le importaban á él los obstáculos? Solo y desamparado siguió adelante, llegó hasta la isla de Sanchoan que apenas distaba ya treinta leguas de la China, y allí, despedidos el neófito y el coadjutor para que no corriesen el peligro, se entregó enteramente en manos de la Providencia.

El gigante iba á dar el último paso; iba á lanzarse sobre la barbarie china como el león sobre la presa. Los dioses de las tinieblas, estaban próximos á recibir la última embestida de la luz. El héroe iba á morir.

Subido en lo alto de un montecillo, bajo una humilde choza abierta á los vientos, aguardaba el momento decisivo. Había ajustado con un mercader que mediante cierta suma le llevaría hasta el puerto de Caton y le dejaría allí una noche al pié de

las murallas, cuando Dios que desde el cielo contemplaba tanta generosidad y tanta grandeza, no quiso ya más sacrificios. Llamó al ángel de la paz, y le mandó besase en la frente al martir de su amor. Poco después Francisco Javier, el Apóstol de la India había realizado sus sueños de conquista; había conquistado el cielo.

Con que... ¿qué tal la ambición de los jesuitas?

—Hombre, si todos fueran así.

—Pues así son todos, ó así quieren ser.

—Entonces ¿por qué los aborrecen tanto?

—Pregunte usted á los salvajes del Moro por qué apedreaban á S. Francisco.

—Porque eran unos bárbaros.

—Pues aplique usted el cuento, y ya tiene usted la contestación.

ADOLFO CLAVARANA

LOS PRODIGIOS DEL APOSTOL

Dedicado este número de «La Lectura» al invicto Apóstol de las Indias, y no habiendo podido reseñar en su biografía las maravillas que obró, vamos aquí á relatar algunas.

Yendo S. Francisco Javier de Malaca á la China, embarcóse con él un mercader turco llamado Sarangu, acompañado de un hijo suyo de cinco años, que por un desdichadísimo descuido cayóse al mar y se fué inmediatamente á fondo, dejando al padre sumido en el mayor desconsuelo. Acongojadísimo y desconsolado el padre dirigióse en seguida á S. Francisco, que al oír su pena no pudo menos de compadecerse de él. —Yo te aseguro, le dijo, que volverás á ver á tu hijo sano y salvo si prometes en pago del beneficio abrazar después la verdadera religión. Aceptó el moro la proposición, y tres días después, cuando en su corazón trasgado de tristeza no creía volver á ver á su hijo, he aquí que al salir el sol aparece el niño sobre las aguas flotando en una tabla que venía hacia el navio. Calcúlese el pasmo y admiración de todo el mundo. Luego al punto fué recibido en el barco, y convertidos sus padres, fueron bautizados juntamente con una esclava y con el niño á quien en memoria de este suceso llamaron Francisco.

Navegando otro día hacia Sancian en el barco Santa Cruz que llevaba á bordo quinientos hombres, ocurrió otro hecho tan asombroso como el anterior. Estando en alta mar faltó el viento, y lo que es peor, faltó también el agua poniendo el equipaje en grave apuro. Al notar la disminución dióse la orden de administrarla por cortas raciones pero la calma duró tantos días que por último se agotó el depósito, y la tripulación estaba ya á punto de morir de sed. En este conflicto acudieron al Santo Apóstol que les mandó hincarse de rodillas ante un crucifijo y rezar las letanias. Recogióse luego á su

apuesto, y saliendo tras breve espacio entró en un esquife con un niño, y le hizo meter la mano en el mar y que probase el agua tomando un sorbo. —Está salada, dijo el niño. —Pruébala segunda vez, contestó San Francisco. El niño obedeció, y la halló dulce. Entonces el Santo hizo llenar todas las vasijas; y apesar de que al hacerlo los que la gustaban la hallaban salada; cuando el agua estuvo á bordo hizo el Santo sobre las vasijas la señal de la Cruz, y la convirtió toda en dulce, dejando pasmados á los que iban en la nave que al punto se convirtieron y recibieron el bautismo.

Otro de los milagros más asombrosos y patentes de S. Francisco es el del crucifijo. Navegando una vez en el archipiélago del Japon sobrevino una desecha tempestad, y habiendo los pasajeros implorado la intercesión del Santo, tomó el crucifijo que llevaba al cuello y lo sumergió en las aguas. En esto vino una ola y se lo arrebató. Cesó inmediatamente la borrasca, y todo el mundo recobró la alegría menos el Santo Apóstol que había perdido lo que más amaba. Saltaron á tierra, y caminando al otro día por la orilla con el capitán del navio, vióse salir del mar un cangrejo que traía cogido entre sus garras el perdido crucifijo. Hincóse el Santo de rodillas lleno de gozo, recibiólo con gran devoción y volviendo el cangrejo al mar quedaron los presentes llenos de admiración y convencidos de que solo una religión divina puede comunicar al hombre el poder de obrar tales maravillas.

Su don de profecía no era menos portentoso. Estando en la ciudad de Malaca al tiempo que iba á la China, un día á deshora se echó de pecho sobre la cama, permanció así un buen espacio de tiempo como sin sentido y fuera de sí. Al cabo de un buen rato, como quien despierta y vuelve en sí, comenzó á dar voces y á decir «Dios te lo perdona, Fulano» y nombrando á una persona que entonces estaba en Portugal. Notáronse aquellas voces y no se entendió su significado porque el calló y nadie se atrevió á preguntárselo. Mas recibidas cartas de Portugal se supo después lo que había ocurrido. Aquella persona había hecho cierto daño á la Compañía; y á miles de leguas el Santo lo había visto hacer como si estuviese presente.

Otra vez, en Malaca, habiendo salido una corta armada portuguesa contra otra muy poderosa del rey Azen, estando toda la ciudad triste y llorosa creyendo su armada perdida S. Francisco desde el púlpito reprendió gravemente su desconfianza; y en la misma hora en que las dos armadas peleaban describió la batalla como si la estuviese viendo, y reclinado sobre el púlpito y habiendo quedado un poco suspenso, volvió en sí y anunció en el acto la victoria declarando hasta el número de soldados cristianos muertos, y prediciendo el día que llegaría la escuadra; todo lo cual se cumplió exactamente.

En otra ocasion, cuando iba á evangelizar la Isla del Moro, entró el Santo con sus compañeros en una nave para pasar el golfo que hay desde Terrate á aquella isla, y yendo con ellos en conversacion se levantó de repente; y, con el rostro encendido y mirando á la proa, rasgóse la solana comenzando á gritar: ¡Jesús! ¡Jesús! ¡que matan á aquellos hombres! ¡qué crueldad! Al oír esto miraron todos al mar, pero no vieron nada. Le pidieron explicaciones, pero calló como avergonzado. Despues al llegar á una de las islas del Moro vieron con horror en la playa ocho cadáveres de Portugueses á quienes habian asesinado los piratas. El Santo, trasladado en espíritu desde larga distancia, habia presenciado el espectáculo.

Respecto á resurrección de muertos, su poder fué tal, que en Potamo llegó á hacerse costumbre el no enterrarlos sino despues de muchos dias esperando siempre que el apóstol los volviese á la vida.

Referiremos algunos casos, porque todos seria larga tarea.

Jugando un niño con una saeta envenenada llevóse la punta á la boca, envenenóse y murió en breve tiempo. Ya iban á amortajarle entre los llantos y desconsuelo de la madre, cuando entrando el Santo en la casa tomó de la mano al muerto, y le dijo: «Levántate en nombre de Jesucristo.» Obedeció el muerto levantóse y vivió muchos años, entrando despues en religion.

Cayó enferma una doncella hija de una cristiana muy piadosa, y murió en ocasion en que el Santo se hallaba ausente de Malaca. Cuando regresó, la madre de la difunta fué á él llorando, y como Marta á Cristo le dijo: «Padre, si hubiéseis estado aquí, mi hija no se hubiera muerto pero si tú quieres puedes restituírle la vida.» Viendo el Santo la fé y la aflicción de la madre, levantando los ojos al cielo le dijo: «Anda, que tu hija vive.» Padre ¿tres dias hace que está enterrada y dices que vive? «No importa; anda, haz que abran la sepultura, que tu hija esta viva.» Corrió la mujer al sepulcro acompañada de mucha gente; mandó abrir la sepultura, y halló viva á su hija con estupenda admiracion de toda la ciudad.

Predicando un dia en un pueblo cerca de Comorin, viendo á los gentiles duramente obstinados díjoles: «¿Qué argumentos quereis para certificaros de que la fé que os predico es verdadera?» Acordáronse entonces de que aquel dia habian enterrado á un difunto, y habiendo ido todos con el Santo allá, hizo que sacasen el cuerpo y examinasen si estaba muerto. Cerciorados todos de que lo estaba y de que empezaba á descomponerse, hincóse el Santo de rodillas, hizo una breve oracion, levantóse enseguida y mandó al muerto que se levantase en nombre de Jesucristo. Al punto se levantó vivo y sano, y los idólatras asombrados se convirtieron muchos á la fé.

En Monton resucitó á un mancebo que llevaban á enterrar, rociándole con agua ben-

dita y haciendo sobre él la señal de la Cruz.

En Mutan, india Oriental, resucitó á otro niño muerto de calenturas, pestilentes, despues de veinticuatro horas de amortajado, mandó descoserle la mortaja y haciendo tambien sobre él la señal de la Cruz.

En Bembace resucitó á otra niña difunta.

En Punical, por medio de un niño inocente de los que él enviaba con reliquias para sanar á los enfermos cuando en persona no podia acudir, resucitó dos muertos.

Cerca de Pandocale, resucitó á un jóven catequista llamado Antonio Miranda muerto por la mordedura de una serpiente venenosa, tocándole con su saliva.

A otro niño que cayó en un pozo y lo sacaron ahogado lo resucitó tambien á instancia de su madre.

En Trabancor resucitaron por su intercesion otras muchas personas.

A un hijo de un idólatra no solo lo resucitó una vez sino que otras tres estando enfermo de muerte le sanó tambien.

En fin, baste decir, que este héroe fué tan prodigioso en obras y palabras que en diez años recorrió treinta mil leguas, convirtió cincuenta y dos reinos y bautizó un millón y doscientos mil idólatras.

Gloria á Dios que así hace resplandecer en sus Santos las maravillas de su poder, para salud y consuelo de los que le temen.

LA NOVENA DE LA GRACIA

Devocion prodigiosa para alcanzar de Dios lo que se desea

— « —

S. Francisco Javier que, como ya hemos visto, tanto hizo durante su vida para extender por el mundo el bien y la verdad, no habia de cesar en su obra despues de muerto. La novena llamada de la gracia es de ello prueba evidente y por el gran interés que encierra para todos los católicos quereamos darla á conocer. Dicha novena comienza el dia 4 de Marzo y termina el 12, aniversario de la canonizacion del Santo Apóstol.

He aquí el prodigioso origen de esta devocion.

El P. Marcelo Martilli, hijo de los marqueses de Marsano (Nápoles) habiendo dado en su niñez señales de extraordinaria virtud, entró en la Compañía á los 14 años. En 1633, hallándose en la iglesia despues de una gran fiesta hecha á la Purísima Concepcion, al desmontar un altar, cayóle en la cabeza un martillo de dos libras de peso, y derribóle en tierra. Aunque de la herida mano alguna sangre, no creyeron al pronto que era demasiado grave: pero á los tres ó cuatro dias sobrevinole al doliente una alta calentura con agudísimos dolores; y entró en grave peligro.

Ya en otra enfermedad mortal que habia tenido antes el P. Marcelo, se le

habia aparecido el Santo, y preguntándole si tenia deseo de ir á la India, (lo cual era cierto) le habia curado.

Esta vez volvió á aparecésele; pero con tanta insistencia, que en los 24 dias que duró la enfermedad, aseguró despues el P. Marcelo que su vida habia sido un continuo paraíso: tales y tantas eran las visitas que el Santo le habia hecho y los favores celestiales de que le habia colmado.

Cuando se cumplia el 21, último dia de Diciembre de 1633, la enfermedad se habia agravado tanto, que los médicos declararon que el paciente se moria; sobreviniéronle mortales accidentes. Paralizósele el brazo izquierdo, entróle un terrible tétanos que le contrajo los musculos de las quijadas y quedó imposibilitado hasta de tragar una gota de agua. La muerte era inevitable, y así, sin comer ni beber, llegó hasta el 3 de Enero esperando que sonase su última hora.

Eran las 9 de la noche de este dia, y todo estaba preparado para su entierro; los padres rodeados á su cama le auxiliaban con las oraciones de la Iglesia. Cuando he aquí que el enfermo oye una voz que le llama: «Marcelo, Marcelo.» Volvióse con gran presteza el que antes no podia moverse, y quedó admirado: San Francisco Javier vestido de peregrino y con un bordon en la mano estaba junto á su lecho: «¿Qué se hace?, le dijo el Santo en lengua italiana. El P. Marcelo calló porque la alegría le tenia embargado. «Quereis morir ó ir á las indias?, le preguntó. —Yo quiero lo que sea más agradable á Dios.—Contestó el Padre.

Entonces el Santo recordándole la promesa que tenia hecha de ir allá y ofrecer su sangre por Jesucristo, se la hizo repetir palabra por palabra juntamente con los votos de la Compañía, y tomando un lignum crucis se lo aplicó él mismo á la cabeza, sanóle instantaneamente y le ofreció que «todos los que por espacio de 9 dias contados desde el 3 hasta el 12 de Marzo, implorasen su intercesion para con Dios, confesando y comulgando en uno de ellos, experimentarían infaliblemente los efectos de su proteccion y conseguirían del Señor todo cuanto le pidiesen como fuese conveniente para su eterna salvacion y para mayor gloria del mismo Dios.»

Momentos despues, el moribundo P. Marcelo, el agonizante que hasta el entierro tenia preparado, levantóse del lecho, quitóse las vendas dejando ver ci-

catrizada la herida, pidió de comer, cantó el Te-Deum en un altar levantando allí mismo, y al día siguiente por la mañana, 4 de Enero, dijo misa, dió la comunión, subió al púlpito é hizo público el milagro y la promesa del Apostol, dejando atónita á toda la ciudad de Nápoles que enterada del suceso habia acudido á oirlo.

—Pero vamos, replicará algun incrédulo ¿No habrá en eso alguna farsa?

Contestacion. Una *farsa* que tiene por fundamento una curacion prodigiosísima, y por remate el martirio del que la publica, puede creerse á ciegas sin temor de ser engañado.

El P. Martilli, á quien el Santo profetizó que moriria martir, fué á la India segun tenia prometido, y despues de una vida llena de prodigios y de virtudes heroicas, entregó su cuello al verdugo derramando la sangre en defensa de la verdad.

¿Habrá quien dude de un testigo semejante?

ADOLFO CLAVARANA

AL APÓSTOL DE LAS INDIAS

HIMNO

CORO

De las Indias Apostol invicto,
Gran Javier hoy tus hijos te aclaman,
Y en dos mundos fervientes te llaman,
Sol de Oriente, portento de Dios.

De Navarra los timbres de gloria,
Esmaltados en regios cuarteles,
Tú los cubres de ricos laureles,
Coronando su antiguo esplendor.
Que al dejar por las Indias tu tierra,
Fiel Javier, con tu pecho guerrero,
Tú quedaste el primer caballero,
Que a la flor de Navarra venció.

Yo te vi que cruzabas los mares
En la popa de nave ligera:
Yo te ví que en la ardiente ribera,
Tremolabas invicto la Cruz.
Y en las Indias con gozo te vieron,
Circundada de rayos tu frente.
Alumbrar como un sol al Oriente
Con el nombre inmortal de Jesús.

Cual leon majestuoso que pisa
Del desierto la arena sedienta,
Y rugiendo feroz amedrenta
A las fieras que huyendo se van;
Así Dioses, estatuas y templos
De tu voz al imperio cayeron,
Y al averno sus móstruos huyeron
Maldiciendo tu nombre inmortal.

¡Adelante!...á los tuyos repites,
Que se lanzan á incultas misiones;
¡Adelante! á romper las prisiones,
Que encadenan al triste Japón;
Nuestras vidas al hierro entreguemos
Que aquí palmas se encuentran dequiera,
¡Adelante! milicia guerrera,
¡A morir por la gloria de Dios!

Y es en vano que ruja el infierno,
Ni que tiemble á tus plantas la tierra,
Ni que reyes potentes la guerra,
Te declaren con saña cruel;
Tú tranquilo contemplas sus iras

Y sonries con alma serena,
Y te lanzas ferviente á la arena.
Anhelando morir ó vencer.

A tu celo rindieron su orgullo
De dos mundos las anchas regiones,
Islas, pueblos, imperios, naciones,
A porfia besando tus piés.
Y entre bosques de lánzas y cruces,
Y cuchillos, hogueras tormentos,
Y verdugos de muerte sedientos,
Que quisieran tu sangre beber,

¡Más aún! Oh mi Dios, vas gritando,
Más Señor! que se abrasa mi pecho
Cual volcan que revienta deshecho,
Entre incendios de ardiente explosión.
Y así vives, y gozas, y mueres,
Y conviertes las cruces en palmas,
A millones salvando las almas,
Serafin de la gloria de Dios.

Venid islas de Oriente llorosas,
Y miradle por fin derribado,
Cual del Libano cedro arrancado.
Por la furia de horrible huracan,
Vedle cielo, gemir espirando,
Y tendido en el mísero suelo,
Ved al Santo morir sin consuelo,
Solo y pobre á la orilla del mar.

De la china á los muros de bronce
El soldado de Cristo llegaba;
En su corte imperial anhelaba
Enclavar el pendon de la Cruz:
Pero allí sus palabras de fuego,
Convertidas en hielo cayeron,
Y sus últimos ecos murieron
Invocando á su dulce Jesús.

Cual en Roma los Césares entran
Coronadas sus frentes de gloria,
Mientras gritan pueblos victoria,
Ostentando el lau el vencedor
Tal Javier, medio mundo cautivo,
Arrastrando en despoje brillante.
Va cruzando los cielos triunfante
Y recibe eternal galardón.

¡Gloria á Cristo las Indias le rindan!...
Y con perlas diamantes y flores
Y radiando celestes fulgores
Aparezca brillando tu altar.
Y entre nubes de incienso se vean
De rodillas los mundos postrados,
Adorando hasta el polvo humillados,
A Jesús triunfador inmortal.

José Maria Lasquivar S. J.

Trozos de una carta de S. Francisco Javier escrita en Amboyno el 8 de Mayo del 1546 cuando iba á partir para la isla del Moro.

«...Más allá del Moluco, como setenta y seis leguas hay una isla llamada del Moro.....La tierra es toda llena de peligros y perniciosá grandemente á los forasteros, por la rara inhumanidad de la gente y las varias suertes de venenos que acostumbran dar en la comida y bebida... Pero echando de ver yo en cuan lastimosa necesidad estan los que no estan doctrinados de nadie, ni remediados con los Santos Sacramentos, me he persuadido que tengo obligación de socorrerlos aunque séa con riesgo de mi vida por lo cual he resuelto partir allá cuanto antes....

En el estrecho y espacio que abraza es-

te mar de la India hay algunas islas cuyos habitantes comen carne humana, principalmente de los enemigos que matan en la guerra. Cuando alguno de los suyos muere de enfermedad, le cortan los pies y las manos.....y este es el plato más regalado para ellos.....pasa tan adelante.....su bárbara crueldad que si alguno debe prevenir y hacer algun convite aplaudido, pide á su vecino que le entregue á su padre ya anciano, el cual habiéndole degollado le saca á la mesa, como un particular regalo para sus convidados; pero esto siempre se hace con esta condicion, de que el que pide quede obligado á entregar el suyo, si al dicho vecino se le ofrece hacer semejante convite....

Demás de esto, son tan desenfrenados en el vicio de la lujuria que no hay impureza que no ejecuten. Dentro de un mes pienso pasar á esta isla, donde fuera de otras inauditas maldades, tienen la desdichas de comerse á los que matan en la guerra y prestarse unos á otros los padres viejos para sus banquetes y convites.»

Aunque hubiéramos de...vivir, no solo en tierra de bárbaros, sino aun en el reino de los demonios, ni la barbarie de aquellos ni la rabia de estos nos podia dañar...sin el permiso del Todo Poderoso..... una sola cosa temamos, y es el ofenderle; pero si con toda solícitud evitamos sus ofensas, cierta y segura nos prometemos la victoria.....»

EL DEVOTO DE S. FRANCISCO JAVIER, Apostol de las Indias por el P. José Maria Lasquivar de la compañía de Jesús. Este magnífico devocionario que contiene la vida del Santo, sus milagros, varias devociones en honor suyo; un manual completo de la vida cristiana, y otras muchas practicas é instrucciones religiosas, se expende á dos pesetas tomando diez ejemplares por lo menos, ejemplares sueltos diez reales. Barcelona. Calle de Santa ana 26, 28, y 30 Sr. D. Francisco Mariol.

LA LECTURA POPULAR

Cada accion da derecho á recibir diez ejemplares de cada número ó sea docientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las viduas, huérfanos, cárceles, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion.	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de *La Semana Católica*, Bolsa 10. y en las demas localidades católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.